

del hombre, ponerlos en relaciones y encontrar hasta en la misma miseria del hombre medios idóneos para acercarle á Dios? ¿Quién ha podido hacer que el mismo pecado, por la humillación que debe causar, sea casi un instrumento de salud? Teniendo en cuenta que el motivo de la Redención ha sido la caída del hombre por causa del pecado, y que la Redención no podía efectuarse más que por la Encarnación, se comprende que la Iglesia haya podido decir y exclamar: «*Oh feliz culpa!*» Y si se considera también que el orgullo tiende constantemente á separar y alejar el hombre de Dios, podemos asimismo decir en algún sentido que «*felizmente hemos pecado,*» en cuanto que por causa de la culpa vino el Mediador para unírnos y reconciliarnos con Dios. San Pablo se apoya y consuela en su misma flaqueza, y reconoce que la tentación que le combate y azota como si fuera un instrumento de Satanás le hacía falta para librarse del orgullo, porque, como dice un comentario atribuído á San Ambrosio, no era posible que el corazón de un hombre que había visto cosas y misterios tan admirables no se envanebiese, si no hubiera sido humillado con los defectos de la condición humana. De ese modo, el pecado sirve, por lo ménos, para quitar el orgullo de nuestros caminos, y porque, cayendo nosotros sobre éstos, evitamos caer en el abismo. Esta gran sabiduría acerca de la miseria del hombre y de la clemencia de Dios brilla por doquiera en las parábolas, y al mismo tiempo es accesible á todas las inteligencias por la sencillez con que está

expresada; y en eso se fundó Bossuet para decir que era leche para los niños y pan para los fuertes. Se aparece en ella Jesús lleno de secretos; pero al mismo tiempo habla sin asombro y de una manera tan natural, que denota haber nacido en esos arcanos y en esa gloria, y que es legítimo enviado para explicarlos.

POBREZA VOLUNTARIA, LOS NIÑOS

Una ocasión preparada por Dios hizo comprender á los discípulos la gran dicha y mérito de la pobreza voluntaria. Llegó y se arrodilló delante de Jesús un joven de las primeras familias del país, y le preguntó qué debería hacer él para conseguir la vida eterna, y Jesús le dijo que observase los mandamientos. «*¿Qué mandamientos?*» preguntó de nuevo el joven. Y Jesús le contestó que él los conocía y sabía que eran los siguientes: «*No matarás, no cometerás adulterio, no hurtarás, no dirás falsos testimonios, no engañarás á nadie, honrarás á tu padre y á tu madre y amarás á tu prójimo como á ti mismo.*» El joven dijo que ya había cumplido todos esos preceptos, y preguntó qué era lo que necesitaba además. Entonces Jesús, que veía su sinceridad y su inocencia, le dijo: «*Todavía te falta una cosa. Si quieres ser perfecto, anda, vende todo lo que posees, dalo á los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo; y después ven, y sígueme.*» Al oír esto el joven, se retiró de allí enteramente oprimido de la tristeza, porque poseía muchos bienes;

y Jesús, notando esa conducta, dirigió una mirada á su alrededor y dijo á sus discípulos : «*¡Qué difícil es que aquellos que poseen riquezas entren en el reino de Dios!*» Cuyas palabras causaron grande asombro en los discípulos, y Jesús, en vez de explicarlas y aclarar su sentido, las confirmó, diciendo : «*Mis tiernos hijos, ¡cuán difícil es que aquellos que están confiados en sus riquezas entren en el reino de Dios! Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico éntre en el reino de los cielos.*» Los discípulos, ponderando tan clara y terminante afirmación, se decían los unos á los otros : «*Si eso es así, ¿quién entonces podrá salvarse?*» Y Jesús les contestó que eso parecía imposible á los hombres, pero que para Dios, todas las cosas son posibles.

Seguidamente Pedro preguntó á Nuestro Señor cuál sería la recompensa que tendrían los Apóstoles, que habían abandonado todo por seguirle, y Jesús les respondió que el día del triunfo del Hijo del Hombre, aquellos que le hubieren seguido serían, juntamente con Él, los jueces del mundo, porque cualquiera que por su nombre y por amor al Evangelio hubiese dejado su casa, sus hermanos y hermanas, su padre, su madre, su mujer, sus hijos ó sus bienes, recibiría el céntuplo en la plenitud de alegría de la vida eterna.

Mas, para mantener á sus discípulos en un saludable temor, al mismo tiempo que les anunciaba el nuevo orden que la justicia establecería el día de las recompensas, añadió que entonces

sucedería que muchos de los primeros serían los últimos y muchos de los últimos serían los primeros; y asimismo, para que conociesen la independencia de que goza Dios en la distribución de sus gracias, les propuso la parábola de los obreros de la viña, en donde recibieron igual jornal los que habían trabajado desde la última hora que los que habían estado trabajando desde por la mañana; y de esa manera los iba instruyendo y hablando, mientras que lentamente se dirigía hacia Jerusalén, adonde no quería llegar más que á tiempo justo para celebrar la fiesta de la Pascua; pero, aunque estaba en viaje, no por eso descuidaba hacer obras buenas y curar los enfermos que se le presentaban, edificando siempre con la dulzura y dignidad soberanas que formaban el carácter de sus palabras y de todas sus acciones, y mostrándose siempre como el más humilde de los mortales é irradiando por doquiera los esplendores de su divinidad.

Ninguno de los reputados por sabios había hablado hasta entonces el lenguaje de Jesús, que se expresaba como ninguno tiene el derecho de hacerlo y de una manera sublime é inimitable. Un día, dirigiéndose á la multitud que le rodeaba, pronunció estas palabras, que ninguno hubiera podido concebir ni soportar, ni ménos comprender : «*Si alguno, decía, quiere venir en pos de mí y no aborrece á su padre y á su madre, á su mujer, á sus hijos, sus hermanos, sus hermanas y hasta su propia vida, y no coge mi cruz y me sigue, no puede ser mi discípulo.*»

pulo.» No puede oirse semejante enseñanza sin creer al mismo tiempo que quien la predica tiene en sus manos los destinos del cielo y de la tierra y el corazón de toda la humanidad, y que todo le pertenece, y, por consiguiente, al sacrificarlo todo por Él, no se hace otra cosa que devolverle lo que es suyo y que tiene derecho á exigir de nosotros. Ese imperio incondicional y esa augusta soberanía de amor la encontramos revelada en las expresiones que dirige á los que se acercaban á Él. Había costumbre de presentarle, en los lugares por donde pasaba, los niños y pequeñuelos para que les diera su santa bendición; y habiéndolos mandado retirar un día los discípulos por temor de que importunasen y molestasen al Señor, les dijo indignado: *«Dejad que los niños vengan á mí, y no se lo prohibáis, porque de ellos es el reino de Dios; y en verdad os digo que aquel que no recibe como un niño el reino de Dios, no entrará en él.»*

Eso no quiere decir que en Dios haya preferencia de una edad sobre otra, pues entonces sería enojoso el vivir y adelantar en años, sino que el objeto de esas palabras es recomendar la inocencia como disposición preferible á las demás para llegar al reino celeste, el cual se asemeja, por el modo de alcanzarle, á los niños, porque es preciso, ó conservar la inocencia de ellos, ó reconquistarla si se hubiese perdido por la culpa, para poder gozar de tan inefable recompensa; y á ese fin nada es más conducente que el imitar á los niños, los cuales no tienen odio, ignoran el crimen, no buscan los honores ni las riquezas,

vuelven á buscar el cariño de su madre, áun cuando los corrija; son dóciles á lo que les enseñan sus maestros, no sostienen disputas, ni contradicen, ni tampoco abrigan malicia ni descon-



Lámina 77.—Parábola de los obreros de la viña. La viña es la iglesia y los obreros son los fieles; el mayoritario es Jesucristo, que paga á cada obrero su jornal.—Cuadro de Andrea del Sarto, que se conserva en la Galería del archiduque Carlos, en Viena, y data del siglo XVI.

fianza; y ese es el modelo que se propone á los hombres que desean conquistar la corona de la inmortalidad, y con esas disposiciones tan laudables deben escuchar la palabra de Dios.

Al mismo tiempo enseñó Jesús á sus discípulos á no despreciar jamás los hijos humildes de la Iglesia, los pobres y desgraciados según el mundo, ni á burlarse de su ignorancia, y les mandó que los enseñasen con paciencia y dulzura, convirtiéndose ellos mismos por su sencillez en unos niños, para atraerse el cariño y ganar el corazón de los demás niños; y por esa gran importancia y singular cuidado que dedicaba Jesús á la inocencia infantil, se comprende el grande amor que la tenía y el vivo deseo de que nosotros la amásemos también. En el mundo civilizado, y en su centro principal, que era Roma, se obligaba á los niños á estudiar de memoria diálogos de Platón y de otros filósofos cínicos para recitarlos después en los banquetes y divertir así á los convidados; y esa llaga, que prematuramente se abría en el inocente corazón de los niños, no era, sin embargo, el vicio más deforme á cuyo sostenimiento se les destinaba. Sólo se proclamó su dignidad cuando Jesucristo predicó su doctrina, y de ésta arrancan todos los derechos y todo el respeto de que goza la infancia entre los pueblos católicos.

El divino Maestro se complacía con la presencia de esas criaturas inocentes, las bendecía con sus sagradas manos, reposaba éstas sobre su cabeza y las comunicaba abundantes gracias, con lo que declaraba cuán agradables le son las almas humildes y la disposición que hay en su corazón amantísimo para escuchar con agrado sus plegarias, para concederlas sus sobrenaturales auxilios y para permanecer en su compañía.



Lámina 78.—Curación de una mujer enferma.—Grabado de Alberto Dürero, que data del siglo XVI, y se halla en la biblioteca de M. Ambrosio Firmin-Didot.

Si en el Santo Evangelio hubiera alguna cosa difícil de creer, no lo serían precisamente los milagros en que se manda á la naturaleza y ésta obedece, ni las eficaces palabras de Jesu-

cristo, que cambian la faz del mundo, ni el heroísmo de la misericordia que declara justificado al publicano por sola la fuerza de su oración, ni los sangrientos y crueles acontecimientos del Calvario, ni el asombro de los amores y misterio de los misterios que resplandece en la Eucaristía, ni nada, en fin, de lo que es incomprensible, y por la misma razón evidentemente divino, porque todos esos prodigios son obra de Dios, y desde el momento que Él se ha dignado hacerlos, es natural y lógico que así se haya cumplido y ejecutado. Pero lo que pasma y asombra en la inspirada narración evangélica es el ver á la bondad de la Majestad divina descender hasta la baja condición en que están los hombres culpables, mezclarse en sus pensamientos y conversaciones, hablarles en su lenguaje, tomar parte en sus asuntos como si fueran propios, acariciar á los niños, tomarles de la mano, tratar con ternura al delincuente, hospedarse en casa de sus enemigos, volverles bendiciones por maldiciones, ir detrás del pecador que huye hasta traerle á los caminos de paz, y demostrar á los mismos que le persiguen y conspiran contra su misma vida una compasión y dulzura que hasta entonces no había demostrado al hombre, ni aún cuando habitaba en el Paraíso.

Cuando la vista se detiene ante esos tiernos espectáculos, contemplando á candorosos y tiernos niños acariciados en los brazos de Dios, y á demacrados y repugnantes enfermos cubiertos con la suave y deliciosa sombra de sus manos, y á mul-

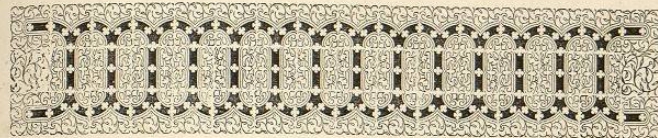
titud de gentes hambrientas socorridas y auxiliadas por el Señor Omnipotente, que de nada necesita, y hace el bien por el bien, y consagra su bondad y su amor al consuelo y auxilio de los que ingratamente le han ultrajado y ofendido, el entendimiento humano se confunde y el corazón se siente oprimido bajo la impresión más asombrosa. No obstante, de esa manera nos ha amado Dios, y á costa de tanto amor nos ha libertado y resca-



Lámina 79. — Cuatro ángeles detienen los cuatro vientos para que no perjudiquen á la tierra, al mar y á los árboles.
Figura tomada del Apocalipsis, y data del siglo XIII, la cual se conserva en la biblioteca de M. Ambrosio Firmin-Didot.

tado; y con todo eso, las distancias tan grandes é inmensas que hay entre Dios y nosotros, entre su santidad, esencialmente infinita, y nuestra miserable condición, esencialmente defectible y limitada, todo eso no constituye un imposible ante su misericordia inagotable para que nos acerquemos á Él y se efectúe la unión y la reconciliación. Un suspiro de nuestra alma arrepentida, llevado por los ángeles que, por disposición del Altísimo,

nos rodean y acompañan, penetrará los cielos, llegará hasta el Verbo encarnado, y, en virtud de los méritos del sacrificio que por el género humano ofreció en la cruz, nuestras culpas serán perdonadas en el sacramento de paz, y la lepra que afeaba y manchaba nuestro corazón quedará instantáneamente curada, pasando nosotros, de hijos de ira que antes éramos por la culpa, á ser hijos predilectos de Dios, sin que haya poder alguno, ni en el cielo ni en la tierra, que pueda arrebataros tanta dicha, ni prevalecer contra la soberana voluntad que tiene ofrecido no abandonarnos mientras no nos separemos nosotros de su divino amor.

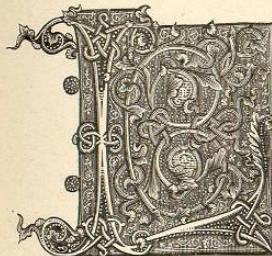


VI

LAS RESURRECCIONES

Lázaro.—La Resurrección universal.—Caifás, el Ciego de Jericó, Zaqueo, la Magdalena y Judas.

L Á Z A R O



Racional de Cuill.
Durand, ms. del siglo XIV. Bibl. de
M. Ambr. Firmin-Didot.

LÁZARO se llamaba el hermano de María Magdalena y su hermana Marta, y todos los tres habitaban en Bethania, aldea próxima á Jerusalén. Lázaro cayó enfermo y guardó cama, y sabiendo sus hermanas que Jesús les amaba, enviaron á llamarle por medio de esta súplica: «*Señor, aquel á quien Vos amáis está enfermo.*» Cuya plegaria reúne todas las condiciones de la perfecta oración, pues, como la de la Cananea, se limita á exponer sencillamente la necesidad, acompañándola de una firme confianza en Dios, que todo lo puede. Jesús, conociendo todo lo que había de suceder, respondió que la enfer-